

Por Diego Mendiburu | repisa@m-x.com.mx

Doris Lessing y el pueblo infatigable

Afganistán pareciera ser sinónimo de guerra constante. Tragedia, pobreza y orgullo ampliarían su definición. Doris Lessing, ganadora del premio Nobel de literatura en 2007, retrata en su libro *El viento se llevará nuestras palabras* —publicado por primera vez en su lengua original en 1987— aspectos fundamentales de un pueblo que parece no conocer la paz y el progreso: después de tres guerras lograron librarse del control británico en 1919; luego vendría un periodo de endeble estabilidad, hasta que en 1980 la Unión Soviética invadió el país con el pretexto de proteger al gobierno comunista que se había instalado dos años antes; en 2005 Estados Unidos inició una guerra que no ha llegado a su fin, debido a los resistentes ataques de milicias insurgentes.

Lessing visitó los campamentos de refugiados afganos en Pakistán —Peshawar, concretamente— y con base en los testimonios que ahí levantó escribió una obra que narra el sufrimiento de los habitantes de la región a raíz de la invasión soviética, que se prolongó durante nueve años y al término de los cuales comenzó una guerra civil que llevó al poder al infame régimen talibán.

“Los talibanes son producto de la invasión soviética —apunta la británica en su libro—. Aquellas pandillas de niños de ojos brillantes que nos rodeaban, como a todos los visitantes, implorándonos un bolígrafo y un cuaderno e incluso hojas de papel sueltas, mientras se aferraban a sus Kalashnikov de madera, no recibieron educación alguna, sus padres los criaron hablándoles de guerra y venganza, sufrieron toda suerte de padecimientos y terrores; niños inteligentes (...) que recibieron de un grupo de *mulás* ignorantes la única educación posible, el Corán”.

¿Cómo no tener tanto odio, después de años de pobreza y marginación?

Los soviéticos cometieron infinidad de atrocidades, pero basta conocer una para entender las consecuencias de la guerra: por todo Afganistán aparecieron los “juguetes rusos”, bombas disfrazadas de relojes, plumas o juguetes infantiles, que eran dejadas en los caminos. “En los campamentos, los hospitales están llenos de niños que han perdido brazos, manos, pies y piernas por culpa de esos *juguetes*”.

En la introducción al texto, redactada en octubre de 2001, Lessing afirma que el mundo tiene los ojos puestos sobre Afganistán. Otra guerra más se desarrolla en este territorio curtido por las bombas y la desgracia. Una guerra que,



más allá de los intereses oscuros de Estados Unidos —Afganistán se ha convertido en el primer proveedor ilegal de opio en el mundo—, prometió acabar con el régimen fundamentalista de los talibanes. Aunque escéptica sobre las intenciones estadounidenses, Lessing recuerda que durante “la catástrofe” —modo en que los afganos identifican la invasión soviética— “los reflectores estaban apagados; cuánta tragedia habría podido evitarse”. La autora ignoraba entonces que al poco tiempo de la invasión estadounidense los ojos del mundo dirigirían la mirada hacia Irak. Afganistán siguió entonces sumido en la interminable guerra civil.

Afganistán sigue invadido. Afganistán sigue sufriendo.

Afganistán sigue ahí, despreciado e ignorado.

“Zonas hermosas del país han quedado convertidas en desiertos; ciudades antiguas llenas de tesoros artísticos han sido borradas del mapa. Uno de cada tres afganos está muerto, en el exilio o vive en un campamento de refugiados. Y el mundo se mantiene totalmente indiferente”. Esta frase bien podría ser de lo más actual, pero fue escrita por Lessing hace 21 años.

Los invasores, sean soviéticos o estadounidenses, no han aprendido nada. Las súplicas de ayuda por parte de los afganos no cesan. Exigían ayuda de Estados Unidos para combatir a los soviéticos, pero ésta no llegó sino hasta los últimos momentos, después de que millones habían muerto. Sus palabras se fueron con el viento. Y continuaban sin ser escuchadas. “Occidente dice que estamos desunidos porque ve las cosas con arreglo a sus ideas —afirma uno de los *muyahidines* entrevistados por Lessing—. Piensan en un gobierno único para todo Afganistán (...) Nosotros tenemos líderes locales, todos se respetan mutuamente y trabajan juntos, pero no significa que de ahí salga un dirigente nacional”. Hoy, bajo un gobierno central títere de Estados Unidos, los rebeldes y la guerrilla están fuera de control.

Y seguirán luchando en contra de los invasores, porque ese es el espíritu del afgano. Un orgullo infatigable que le hará pelear por su país, sus valores y su familia. Aunque sólo tenga una piedra que lanzar. Aunque el frío les congele los pies y les tengan que ser amputados. Aunque no hayan comido en días. Aunque su única convicción sea ser libres. Aunque su futuro sea esperar una nueva guerra. ¶